

La Araucana: imaginario literario y vivencia del territorio

Este artículo examina la descripción de la naturaleza y el paisaje americano en La Araucana, con la intención de mostrar la relevancia – para la configuración del poema – de la experiencia vital del autor durante los dieciocho meses de su estadía en el sur de Chile. Examina lo que ha señalado la crítica al respecto, concluyendo que, en general, ésta pondera en exceso las resonancias clásicas y el imaginario literario y minimiza el rol de la experiencia del territorio que vivió Ercilla. El artículo entrega antecedentes geográficos de los distintos sectores del territorio que Ercilla recorrió durante su estadía (Quiriquina, cordillera de Nahuelbuta, viaje de ida y regreso “al confín del mundo”), y muestra que el poeta sí tuvo ojos para el paisaje local, y que la naturaleza influyó en los acontecimientos que se narran y en cómo estos son narrados.

Palabras clave: *crítica tradicional, tópicos, imaginario literario, experiencia, territorio*

This article examines the description of South American nature and landscape in La Araucana, with the aim of revealing the relevance – for the configuration of the poem – of the author's life experience and view of nature during the eighteen months he spent in southern Chile. It examines what critics have pointed out in this regard, concluding that, in general, it overweighs the classical resonances and the literary imaginary and minimizes the role of the experience of the territory that Ercilla lived through. The article provides geographical background of the different sectors of the territory that Ercilla traveled during his stay, (Quiriquina, Nahuelbuta mountain range and trip and return "to the edge of the world"). The article shows that the poet did have eyes for local landscape, and that nature influenced the events that are narrated and how they are narrated.

Keywords: *literary criticism, topos, literary imaginary, experience, landscape*

La tradición crítica de la obra de Ercilla, especialmente la erudito-filológica, se caracteriza por concebir al poema como agenciado por las convenciones del género, ya sea en términos de tropos, figuras, ritmo, símiles, estructura,

motivos, configuración de personajes y/o espacios. El compendio más completo y reciente sobre la épica, editado en cuatro volúmenes (*Structures of Epic Poetry*, editores Christiane Reitz y Simone Finkman), responde a esa perspectiva. Alonso de Ercilla, espíritu renacentista, habría visto la realidad americana y chilena con los ojos de Homero, Virgilio, Lucano, Ariosto y la lírica petrarquista. Se trataría, en este sentido, de un poema ajustado a la retórica clásica. Aun valorando la indagación de resonancias clásicas, nuestra aproximación es, aunque complementaria, distinta.¹ Por una parte, nos interesa mirar hacia adelante y estudiar la recepción que ha tenido *La Araucana* en América y Chile, particularmente desde el siglo XVIII hasta el presente. Por otra, y en eso nos focalizaremos en esta ocasión, consideramos que *La Araucana* – además de ser un producto literario renacentista con todo lo que ello implica – obedece también a la experiencia vital de su autor, a su participación directa por dieciocho meses en la Conquista de Arauco, en la frontera militarizada del Imperio español, a su interacción guerrera, pero además vivencial y humana, con una cultura originaria (la araucano-mapuche) que habitaba un tiempo histórico y un espacio distinto al europeo. En la misma línea, la obra obedece a la experiencia de un viaje físico y espiritual a través de un territorio y un hábitat que no se corresponde con los tópicos literarios y paisajísticos de la tradición clásica.

¿Qué ha dicho la crítica al respecto? Desde el siglo XIX se viene afirmando la ausencia de paisaje local en el poema: “Se ha repetido – dice Eduardo Solar Correa – que Ercilla no comprendió la naturaleza americana: en realidad, sería más exacto decir que no la vio” (174). Gabriela Mistral, refiriéndose a los conquistadores, dice que galoparon “la América sin echarle ojeada que no llevase una intención de minas o *huacas*, y el propio Don Alonso de Ercilla llevaba tal viga en el ojo que no vio la selva araucana” (Subercaseaux; Benjamín 14). Según Jaime Concha, “se ha dicho siempre que el paisaje en *La Araucana* es un paisaje idealizado, un paisaje renacentista que se inserta en la tradición topológica del *locus amoenus*. Pero si de eso se concluye que Ercilla no vio nuestro paisaje, eso ya deja de ser verídico” (76). A pesar de que esta afirmación fue realizada hace más de medio siglo, sigue vigente. Lucía Invernizzi, por su parte, reafirma la gravitación del imaginario literario en el discurso sobre el paisaje, reiterando afirmaciones de Eduardo Solar Correa: “Ercilla soldado no reparó en la naturaleza, el escenario se le escapó. Viajó con un paisaje convencional” (22). Rosa Perelmuter-Pérez, a su vez, señala algunas referencias enumerativas del paisaje frente al predominio de tópicos provenientes del imaginario literario pastoril (*locus amoenus*) y del paraíso bíblico o *locus amoenissimus* (“El paisaje” 135). Da varios ejemplos de esta idealización literaria, algunos de los cuales (como la descripción del archipiélago de Chiloé) son – como

veremos más adelante – discutibles. En otro artículo, (Perelmuter-Pérez, “El desierto” 249), la autora sostiene la presencia en el poema no solo de los topoi del *locus amoenus*, sino también del *locus eremus o eremita*, proveniente de una tradición literaria de anacoretas o ermitaños que, dedicados a la oración, habitaban cuevas o lugares apartados e inhóspitos. Traslada al paisaje las referencias que hace el hablante sobre lo estéril y árido del tema bélico, lo que resulta arbitrario, pues la aridez a que se refiere el narrador responde a su conciencia culposa de haber dejado el tema bélico, anunciado en la *narratio*, por el tema amoroso. Perelmuter-Pérez usa el vocablo “desierto”, señalando que equivale al inglés “wilderness”, en el sentido de ausencia de habitantes o poblaciones, descripción que no se adecúa plenamente al Arauco poblado del siglo XVI (“El desierto”). Señala, además, que el *locus amoenus* sirve de fondo para distintos acontecimientos; sin embargo, no todos los episodios considerados por esta autora – y en general por la crítica – como *locus amoenus* responden cabalmente a este tópico, como sí ocurre en el episodio del madero en que se elige a Caupolicán, lo que acontece en un lugar idílico cuya descripción casi todos los autores citan *in extenso*.

Stefannie Massmann señala que la descripción del espacio en Ercilla no responde a la objetividad, sino que es ideológica en la medida en que prima la descripción cartográfica por sobre la experiencial concreta; esto obedece, según la estudiosa, a la lógica de la expansión imperial de la Corona (215). Planteamiento que reiteran quienes señalan a Ercilla como el primer geógrafo de Chile, teniendo en cuenta en una de las estrofas iniciales su intuición de un reino longitudinal limitado por la cordillera de los Andes y el océano Pacífico, que se extiende hasta el estrecho de Magallanes, aun cuando Ercilla es explícito en señalar que su materia geográfica se restringe al “estado araucano”.² Sin embargo, la afirmación de la estrofa que alude a “la fértil provincia y señalada” (1.6.1) corresponde a una idealización cartográfica, puesto que en el siglo XVI la Capitanía General de Chile incluía la región de Cuyo y parte de la de Tucumán (por ende la cordillera de los Andes no era un límite) y no se había llegado hasta el estrecho de Magallanes. María Gabriela Huidobro, autora de un excelente libro sobre la tradición clásica en la épica de la guerra de Arauco, distingue entre el concepto de “espacio”, que sería la descripción fáctica del lugar, y el concepto de “paisaje”, como construcción mental, objeto de una contemplación tópica. Señala que la descripción inicial de la *narratio* obedecería a una descripción geográfica de un mundo verdadero y no de una remota tierra literaria. Luego, refiriéndose a la expedición al confín austral señala el tópico de *locus horridus* (selva impenetrable), al que sigue el del *locus amoenus*, en la visión del archipiélago de Chiloé. La autora

interpreta el tránsito de un tópico a otro como un tránsito moral del hablante, que lo lleva a describir un paisaje idealizado (“El territorio de Chile” 40)³ aspecto este que, como ya señalamos, abordaremos más adelante. Al respecto, Jaime Concha habla de dos líneas paisajísticas en la obra: una idealizada, y otra “muy débil y leve, que apenas... puede ser ejemplificada” (67), punto en que diferimos puesto que a nuestro juicio no es ni leve ni difícil de ejemplificar.

En conclusión, la perspectiva crítica que examina el poema como una obra agenciada por la retórica clásica lleva a exagerar la idealización del paisaje, y a minimizar o no detenerse en las descripciones fácticas del territorio. Por cierto, no se trata de desconocer la incidencia del imaginario literario e ideológico en *La Araucana*, sino de complementarla con la que tuvo la experiencia y el recorrido que hizo Ercilla como conquistador por el territorio de Arauco y el extremo sur de Chile. *La Araucana* desde su publicación ha estado sujeta a un enfoque literario o histórico, pero sin que se establezcan, salvo de un modo muy general, puentes entre ambos enfoques.⁴ No se nos escapa, tampoco, que tras las posturas que hemos señalado laten pulsiones europeizadoras o chilenizadoras de la obra. En lo que sigue organizamos el texto en tres partes que se corresponden con los tres espacios del itinerario de Ercilla en el sur de Chile: la cordillera de Nahuelbuta, el viaje a Chiloé y finalmente la expedición de regreso, su prisión y salida del reino.

NAHUELBUTA

Ercilla arribó a Chile cuando tenía veinticuatro años bajo el mando del recién designado Gobernador García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú. La flota, compuesta por varias naves, partió del Callao y desembarcó en Coquimbo en mayo de 1557, y luego de uno o dos meses se dirigió al sur, llegando a fines de junio a la Isla Quiriquina, frente a Penco y Concepción. Sin considerar su estadía en Coquimbo (mayo 1557), Ercilla estuvo en la Araucanía y en el sur de Chile un total de dieciocho meses.

La estadía de Ercilla en la zona de la cordillera de Nahuelbuta se prolonga aproximadamente por siete meses: corresponde al desembarco y breve estadía en la isla Quiriquina (uno a dos meses) y luego en la zona que se menciona en la obra como Arauco, valle de Arauco o Estado de Arauco, pero que corresponde a la cordillera de Nahuelbuta (cinco a seis meses), elevación que forma parte de la cordillera de la costa y que geográficamente abarca un territorio que va desde el río Bio-Bío por el norte, hasta el río Imperial por el sur. Se extiende por doscientos kilómetros en forma paralela a la costa del Pacífico. En los alrededores de esta cordillera se encuentran por el norte Penco y Concepción, en la parte central Cañete y Contulmo, en

el sur Purén y Lumaco, en el sureste La Imperial y, en la costa, Arauco. Geográficamente la cordillera tiene cerros que no sobrepasan los 1600 metros, numerosas quebradas y valles, varios de los cuales se corresponden con los nombres de los *lonkos* que acudieron – según la obra – a la elección de Caupolicán (canto 34).

En mapudungún Nahuelbuta es *nawelfütra*, que significa “el gran tigre azul”; lo que le confiere a la cordillera un simbolismo de guardiana de los sueños, de montaña que resguarda una sabiduría oculta bajo su panza de piedra.⁵ Se trata de la zona que, a la llegada de García Hurtado de Mendoza, tenía la mayor densidad demográfica y riqueza cultural de los araucano-mapuche, con núcleos de tradición y ritos funerarios que evidencian asentamientos de varios siglos, especialmente entre Lumaco y Purén.⁶

Ercilla recorrió toda la zona, participó en varias escaramuzas y también en la construcción, defensa o reconstrucción de los Fuertes de Penco en Concepción, de Tucapel en Cañete y de Purén en Purén. Estuvo involucrado directa o indirectamente en las batallas de Lagunillas, Millarapue y Antihualas en 1557 y 1558. Experiencia de la Conquista y del territorio, que se proyecta de diversas maneras en la Primera (1569), Segunda (1578) y Tercera Parte (1589) de *La Araucana*, hasta el canto 34.

En el canto 12, Ercilla, como narrador y personaje, señala que todo lo que ha relatado hasta ese momento precede a su llegada y lo ha tomado de distintas fuentes. Se refiere a la historia del reino, su pasado prehispánico, la conquista del Perú, algunas costumbres araucanas, la muerte de Pedro de Valdivia y el gobierno que le sucedió, tiempo y episodios en los que el autor no estuvo presente: “Hasta aquí lo que en suma he referido / yo no estuve, Señor, presente a ello” (12.69.1-2); y en una estrofa que sigue: “Pues en autoridad de lo que digo / ... prosiguiendo adelante, yo me obligo / que irá la historia más autorizada; / podré ya discurrir como testigo / que fui presente toda la jornada” (12.70.1-6). Cabe notar, sin embargo, que la narración de aquello que Ercilla no ha vivido (lo que relata con criterio de cronista) está narrado en los cantos que anteceden al 12 como si él hubiese sido testigo de las batallas y del territorio, de ello se colige que lo que opera en su relato es la experiencia de la que sí ha sido testigo, la que proyecta retrospectivamente en aquello que no ha vivido. Toda experiencia implica acontecimientos en que se ha participado directamente, que se han experimentado en la acción, pero también en la conciencia y en la subjetividad. Se genera así un conocimiento que es producto de la observación o de aquello “por lo que uno ha pasado”, lo que permite establecer una diferencia con hechos narrados que provienen de relatos y crónicas o de otras fuentes, y que conforman acontecimientos no vividos por

quien narra, diferencia que en *La Araucana*, por lo que señalamos, no se hace patente.

Walter Benjamin establece una distinción entre el género épico y la novela, señalando que la épica responde a una tradición oral en la que el narrador toma lo que narra de la experiencia, sea la propia o la que le ha sido transmitida, y la cuenta como experiencia para aquellos que oyen su relato, involucrando así a un colectivo. La épica, aunque sea narrada por un personaje, como ocurre con *La Araucana*, integra entonces a un sujeto más amplio.⁷ El novelista en cambio – afirma Benjamin – se ha aislado, la novela nace en el espacio del individuo en soledad (20). En otro momento, oponiendo la narración de tradición oral a la novela, le atribuye a la épica la función de “elaborar la materia prima de la experiencia propia y ajena”, con esa “vieja coordinación de alma, ojo y mano” (23). Dominick LaCapra señala que para una definición aceptable de experiencia es fundamental “tomar en cuenta el proceso de *pasar por algo* ... proceso que implicaría la respuesta afectiva y no solo cognitiva” (68), donde la afectividad estaría significativamente relacionada con el intento (cauteloso y en ocasiones fallido) de comprender al otro. Proceso que implica la dimensión inconsciente de la experiencia, la que según LaCapra afecta internamente y hasta divide al sujeto presuntamente unificado. Todo ello, como veremos, puede vincularse a la transformación que va experimentando el narrador a lo largo de la obra: de soldado animado por un espíritu bélico de tono épico a poeta desencantado que se distancia de su vehemencia inicial, un sujeto literario que parte como conquistador y guerrero, pero termina como un conquistador conquistado que viviendo se desvive.

LA EXPERIENCIA EN NAHUELBUTA

Para acreditar el carácter testimonial y verídico de *La Araucana*, el autor señala en el “Prólogo” a la primera parte que “se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de cartas, algunas tan pequeñas que apenas cabían seis versos” (Ercilla, Prólogo 71)⁸. Marcos Morinigo ha establecido que no más de 2800 versos (aproximadamente la séptima parte de los 21160 versos que conforman el poema) habrían sido redactados desde la contienda, en la primera etapa de su estadía, período en que habría sido soldado de día y poeta de noche (“Introducción” 10). El resto de la obra habría sido compuesta en prisión, al regreso del viaje a Chiloé, o en España, durante los veinte años que median entre la publicación de la Primera y Tercera Parte. Ello no es obstáculo, empero, para que la experiencia de lo vivido en términos bélicos y del territorio nahuelbutano se proyecte en toda la obra, incluyendo los doce primeros cantos.

Se advierten en *La Araucana* tres tipos de descripciones del entorno: las primeras – reconocidas por la crítica – consisten en menciones aisladas, leves, vagas y como de paso; las segundas son descripciones o referencias más amplias que dibujan un espacio o un sector de la naturaleza local; y las terceras son representaciones del entorno en que hay una interacción entre el paisaje y lo que ocurre. Menciones “de paso” son, por ejemplo, referencias como “por la pequeña falda de una sierra” (4.17.2), “sobre la cumbre de una verde loma” (4.49.2), “el bosque deja y toma su camino” (4.66.3), “por el fragoso monte levantado” (4.95.3), “aunque la cuesta es áspera y derecha” (6.38.1), “en el húmedo sitio pantanoso” (16.36.2), “este sitio cenagoso” (22.42.6), un arroyo “de cultivadas lomas rodeado” (24.100.4), o “por medio de una espesa y gran quebrada” (27.61.2). Si bien son referencias que no alcanzan a conformar una descripción de paisaje, van dando claves a través de la mención de tres elementos topográficos que se repiten: *pantanos*, *quebradas* y *cerros*. Se trata de los tres elementos más significativos de la zona de Nahuelbuta. Las ciénagas o pantanos, por ejemplo, se mencionan a lo menos diez veces e inciden favorablemente para los araucanos en el resultado de algunas escaramuzas o batallas. El propio Pedro de Valdivia fue apresado debido a que un “paso cenagoso los detiene” (3.63.4). En otro episodio el narrador reconoce explícitamente – en boca de Lautaro – la ventaja que implica el dominio araucano del territorio, particularmente de las ciénagas:

La vitoria tenemos en las manos
y pasos en la tierra mil seguros
de ciénagas, lagunas y pantanos,
esposos montes, ásperos y duros;
mejor pelean aquí los araucanos,
españoles mejor dentro en sus muros;
cualquier hombre en su casa acometido
es más sabio, más fuerte y atrevido. (3.80)

Según el geógrafo Luis Veloso, “las mesetas de la Araucanía son generosas para filtrar el agua pero no así los valles en que se genera una costra en el subsuelo, el agua no penetra y queda en la superficie” (Uke Mapu, Centro de Documentación Mapuche 2, Universidad de la Frontera), generando pantanos. Incluso, la propia palabra “Purén” significa pantano en mapudungún. Con alguna frecuencia hay en *La Araucana* episodios lluviosos o de súbita tempestad, que dan dinamismo y verosimilitud a los espacios húmedos, movedizos y plenos de lodo en que se atascan los caballos:

Agua recia, granizo, piedra espesa
 las intrincadas nubes despedían;
 rayos, truenos, relámpagos apriesa
 rompen los cielos y la tierra abrían. (9.9.1-4)

Así la tierra y cielo amenazando
 en medio del pantano se presenta
 y la sangrienta maza floreado,
 la gente de poco ánimo amedrenta. (22.35.1-4)

Para guarecerse, “los españoles constreñidos / de aquel granizo y tempestad furiosa / buscan por todas partes mal heridos / algún árbol o peña cavernosa” (28.59.1-4). Como queda en evidencia, estas son características del clima y del paisaje que constituyen un valioso conocimiento para los araucanos. En la Primera Parte (canto 12) el narrador omnisciente, consciente de esta ventaja, describe la trampa o ardid que tiene en mente Lautaro:

...aquel sitio cercado de montaña,
 que es un bajo y recogido llano,
 de acequias copiosísimas se baña
 por zanjas con industria hechas a mano.
 Rotas al nacimiento, la campaña
 se hace en breve un lago y gran pantano;
 la tierra es honda, floja, anegadiza,
 hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
 en agua aquellos campos empapados;
 moverse los caballos no pudieran
 en pegajosos lodos atascados,
 adonde, si aguardaran, los cogieran
 como en liga a los pájaros cebados;
 que ya Lautaro, con despacho presto,
 había en ejecución el ardid puesto. (12.34-35)

Como se aprecia, las descripciones del territorio no son simples cuadros del entorno, están integradas a la trama, así ocurre con las quebradas, tan frecuentes en la cordillera de Nahuelbuta, quebradas que implican cerros, laderas alfombradas de compacta vegetación, despeñaderos, pasos estrechos y valles. En las descripciones de las batallas, las quebradas

desempeñan un rol en la estrategia de los escuadrones ascendentes, en las emboscadas o en retiradas que evitan quedar en campo abierto:

Por una espesa y áspera quebrada
que en medio de dos lomas se hacía,
la bárbara canalla, quebrantada
... huyendo de la muerte el rostro airado,
que clara a todos ya se había mostrado. (26.4)

En la misma línea, cuando la caballería española atacaba o contraatacaba “los mapuches se ocultaban en los faldeos de la cordillera de Nahuelbuta (coihues, araucarias, robles, ñitres). Obligando al español a desmontar y prescindir del caballo, su gran ventaja bélica de los primeros tiempos” (Luis Veloso y Luis Carvacho en *Uke Mapu*, Centro de Documentación Mapuche, Universidad de La Frontera 1 y 2). Son, en efecto, condiciones del territorio que facilitan las emboscadas y tienen consecuencias en la descripción y ritmo de los enfrentamientos. En las batallas o en los asedios a los fuertes las laderas arboladas implican hileras y escuadrones que ascienden o bajan en constante reemplazo, cuando cae la primera línea viene la segunda y luego la tercera, una de las cuales logra penetrar. Estrategia de hileras y escuadrones que involucra uno de los aspectos más destacados en la descripción de los enfrentamientos: la lucha cuerpo a cuerpo, mano a mano, tratada abundante e hiperbólicamente por Ercilla, y tan bien recogida en la ilustración que hizo Alberto Montt para la edición de *La Araucana* de la editorial Quilombo, 2012. Mano a mano en que:

Unos hienden por medio, otros barrenan
de parte a parte los airados pechos;
por los muslos y cuerpos otros cercenan,
otros miembro por miembro caen deshechos.
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
andando de ambas partes tan estrechos
que vinieron algunos de impacientes
a los brazos, a puños y a los dientes. (26.19)

Los fuertes que figuran en la obra (Penco, Arauco, Tucapel y Purén) fueron instalados estratégicamente por los españoles en altura, circundados por una gran fosa tal como se menciona en la descripción del Fuerte Tucapel, situado en una empalizada al borde de una quebrada y prácticamente imposible de acceder. Desde él se domina un valle cruzado por un río; los fuertes de Penco, Arauco y Purén están también en cerros desde los cuales

se domina con visión panorámica todo el valle (Hermosilla, *El Fuerte*).
Relatando el asalto a los españoles en el fuerte de Penco, el narrador describe el lugar:

Luego que en la montaña en lo más alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos a un mismo tiempo hicieron alto
y el sitio desde allí reconocieron;
visto el foso y el muro, el fiero asalto
dada la seña, todos tres movieron
esgrimiendo las armas de tal suerte
que a nadie reservaban de la muerte. (19.4)

Después, narrando la batalla de Purén que ocurrió en una quebrada, cuando Miguel de Velasco retornaba a La Imperial y fue emboscado, Ercilla – que iba en ese grupo – describe con exactitud el lugar del acontecimiento, conocido por los españoles como el despeñadero de Purén:

Es el camino de Purén derecho
hacia la entrada y paso del Estado;
después va en forma oblicua largo trecho
de dos ásperos cerros apretado,
y vienen a ceñirle en tanto estrecho
que apenas pueden ir dos lado a lado,
haciendo aún más angosta aquella vía
un arroyo que lleva en compañía. (28.54)

Se trata, una vez más, de una descripción del territorio que incide en el acontecer bélico:

que en este paso estrecho el enemigo
la gente y munición por orden puesta,
tenía a nuestros soldados, como digo,
de ventaja las piedras y la cuesta
donde puedo afirmar como testigo
que era la lluvia tan espesa y presta
de las piedras, que, cierto parecía
que el cerro abajo en piezas se venía. (28.57)

En la obra, además de “pantanos” y “quebradas” se mencionan “ríos” (algunos con nombres como “el torrentoso Itata”), arbustos, ramas y

matorrales intrincados, configurando así un paisaje y un cuadro de la naturaleza de la zona. Pero no solo el paisaje, cuando el mago Fitón describe provincias y ciudades del mundo, al detenerse en la región que habitan los araucanos, dibuja un mapa de la zona, bastante ajustado al mapa actual de la Araucanía y del extremo sur (salvo La Imperial que corresponde hoy a Carahue):

Ves la ciudad de Penco y el pujante
 Arauco, estado libre y poderoso;
 Cañete, la Imperial, y hacia el levante
 la Villa Rica y el volcán fogoso;
 Valdivia, Osorno, el lago y adelante
 las islas y archipiélago famoso
 y siguiendo la costa al sur derecho
 Chiloé, Coronados y el estrecho.

...

por donde Magallanes con su gente
 al Mar del Sur salió desembocando. (27.50-52)

Por último, cabe señalar que la experiencia del territorio y el caminar geográfico, el narrador en ocasiones lo traslada metafóricamente al discurrir discursivo; se produce entonces – como han señalado Perelmutter-Pérez (“El desierto” 248) y también Cedomil Goic (124) – una identificación de travesía y discurso, de deambular, caminar y navegar como metáforas del escribir:

De un paso en otro paso voy saliendo
 del discurso y materia que seguía
 pero aunque vaya ciego discurriendo
 por caminos más ásperos sin guía,
 del encendido Marte el son horrendo
 me hará que atine a la derecha vía;
 y así seguro desto y confiado
 me atrevo a reposar, que estoy cansado. (12.98)

En base a lo señalado puede afirmarse que la experiencia y el relato de Ercilla en la cordillera de Nahuelbuta y sus accidentes, no solo da cuenta de la naturaleza y del entorno sino también de la incidencia que los mismos tienen en la configuración del poema.

EXPEDICIÓN AL CONFÍN DEL MUNDO

Se ha documentado en los Archivos de Indias el interés de la Corona española desde Carlos V a Felipe II para que se explorasen y expandiesen las fronteras del Reino hasta el Estrecho de Magallanes, lo que ya estaba en los planes de Pedro de Valdivia (Morla). En esa perspectiva García Hurtado de Mendoza emprendió, a fines de enero de 1558, desde Cañete y vía La Imperial (Hermosilla, *El Fuerte* 35), una expedición de la que formó parte Ercilla. Esto, con el propósito de conquistar lo que se tenía por una tierra ignota, siempre con “la esperanza de bienes y riqueza” (35.28.3). La narración que hace Ercilla de dicha expedición va desde el canto 35 hasta la mitad del canto 36 de la Tercera Parte.

Pueden distinguirse en el relato tres momentos en la expedición. En el primero se colige que partieron desde Cañete a La Imperial siguiendo el Camino Real (conocido hoy como camino antiguo),⁹ desde donde se dirigen – en la primera quincena de febrero de 1558 – a Villarrica.¹⁰ Ercilla menciona el fértil llano de Villarrica “que tiene al sur el gran volcán vecino... / que regoldando fuego está continuo. / De allí volviendo por la diestra mano, / visitando la tierra al cabo vino / el ancho lago y gran desaguadero / término de Valdivia y fin postrero” (34.46.2-8).¹¹ Hay como esta varias descripciones del territorio e incluso cruce de ríos, en uno de los cuales se relata cómo la corriente arrastra a un soldado y a su caballo (probablemente el río Toltén que va del lago Villarrica hacia el mar).

En un segundo momento el grupo se adentra en el monte y se encuentra con el cacique Tunconabala, quien pretende desalentarlos de seguir adelante argumentando que se trata de una tierra inútil, yerma e inhóspita. Ante la voluntad de los españoles de continuar, el cacique los engaña, ofreciéndoles un guía que los llevará por un paso seguro, guía que después de cuatro días los abandona. Extraviados, experimentarán enormes penurias. Serán siete días enfrentando un territorio espeso, oscuro y cerrado, con árboles, matorrales, peñas y malezas, un terreno húmedo y jabonoso, que requiere machete, pico y azadón y que hace casi imposible el avance de los caballos. Además, cambios climáticos bruscos con súbitas lluvias y tempestad. El narrador describe con detalle las dificultades que enfrentaron:

Nunca con tanto estorbo a los humanos
 quiso impedir el paso la natura...
 ni entre tantos peñascos y pantanos
 mezcló tanta maleza y espesura,
 como en este camino defendido
 de zarzas, breñas y árboles tejido. (35.32)

Era lástima oír los alaridos,
 ver los impedimentos y embarazos,
 los caballos sin ánimo caídos,
 destroncados los pies, rotos los brazos;
 nuestros sencillos débiles vestidos
 quedaban por las zarzas a pedazos;
 descalzos y desnudos, sólo armados,
 en sangre, lodo y en sudor bañados. (35.35)

La naturaleza descrita corresponde a los faldeos orientales de la cordillera de los Andes o a los faldeos occidentales de la cordillera de la costa. La descripción es verosímil y ajustada al lugar (durante el verano 2018-2019, siguiendo el recorrido de la expedición de García Hurtado de Mendoza, pudimos constatar que en ambos faldeos, abundan hasta el día de hoy zonas inexpugnables de vegetación exuberante).

Luego, se vislumbra un tercer y final momento de la expedición:

Siete días perdidos anduvimos
 abriendo a hierro el impedido paso,
 que en todo aquel discurso no tuvimos
 do poder reclinar el cuerpo laso.
 Al fin una mañana descubrimos
 de Ancud el espacioso y fértil raso,
 y al pie del monte y áspera ladera
 un extendido lago y gran ribera. (35.40)

Se trata del archipiélago de Chiloé visto desde la altura, frente a Melipillu (actual Puerto Montt), o desde la isla Maillen, desde la cual se ve el volcán Calbuco, algunas “islas deleitosas” y piraguas desplazándose por el seno de Reloncaví y el golfo de Ancud, cuya apariencia desde la altura es la de un solo gran lago. En el poema, Chiloé aparece retratado como un territorio de abundancia y sanación, con nativos amables y bondadosos que desconocen la codicia, vivencia de un territorio y de sus habitantes que por contraste induce al protagonista y narrador a una crítica de la Conquista, a la que señala como corruptora de costumbres y valores y, fundamentalmente, como una empresa movida por la codicia.

Posteriormente, el poeta describe la continuación del grupo en dirección al sur, siguiendo el borde del golfo de Ancud hacia Calbuco, señalando su ingreso a dos islas cercanas al paso de Tautil (probablemente Guar y Pulaqui), para finalmente llegar a otro paso (posiblemente la punta

Pugueñun, en el Canal de Chacao) que les impedirá seguir adelante. Ercilla se aventura, junto con diez compañeros, en una piragua llegando a una tierra que describe como “algo arenosa”, donde se adelanta para dejar una marca en la corteza de un tronco. Esta inscripción tiene el valor de una toma de posesión simbólica, e indica la fecha exacta en que se decide no continuar con la expedición: 28 de febrero de 1558.¹²

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solo diez pasó el desaguadero
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por hebrero,
a las dos de la tarde, el postrer día
volviendo a la dejada compañía. (36.29)

Convencido el gobernador de que la expedición no podía seguir, decide regresar, pero esta vez por el camino del valle evitando los faldeos cordilleranos. Este regreso es prácticamente omitido por Ercilla, junto con el hito de la fundación de Osorno por parte de Don García Hurtado de Mendoza. A fines de marzo o inicio de abril están ya en La Imperial, poblado en que se encontraba la sede de la Iglesia en Arauco.

Tal como hemos señalado, en la expedición que va desde Cañete y La Imperial hasta el archipiélago de Chiloé hay numerosas descripciones del paisaje, así como instancias de interacción entre la naturaleza y los expedicionarios. Se percibe incluso, respecto al archipiélago, una armonía entre la descripción del territorio y sus habitantes, una suerte de determinismo del entorno: las características de la naturaleza inciden en los términos con que se describe el paisaje y a los nativos a quienes se los refiere como blancos por influjo del clima; se percibe también una cierta dulcificación del tono narrativo, que ahora suscita empatía para con los otros.

Sectores de la crítica han señalado que esta última etapa de la expedición obedecería en gran medida a la imaginación literaria y, en particular, a tópicos propios de la Edad de Oro y a resonancias bíblicas. María Gabriela Huidobro señala, por ejemplo, que la descripción del archipiélago de Chiloé pertenecería al tópico de los *locus amoenus*, mientras que la del bosque impenetrable que le antecede correspondería al tópico del *locus horridus* (“El territorio” 39). Serían por lo tanto descripciones de la naturaleza que responderían a construcciones mentales, lo que avalaría la tesis de un poema eminentemente literario, omitiendo el factor de la

experiencia vital e ignorando el modo en que tópicos de la tradición confluyen o se vinculan con la misma. Basta ver una imagen actual (de un paisaje que no ha cambiado mucho) de lo que avistaron los expedicionarios al salir del lugar en que estaban perdidos, para confrontar esta tesis y afirmar, en cambio, que la descripción del archipiélago tiene un sustrato real y un verosímil concreto, y es sobre esa base de experiencia que incide el imaginario literario, que se trata por lo tanto de una descripción fáctica de la naturaleza y del territorio avistado, en que confluyen o pueden confluír elementos de la tradición.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA EXPEDICIÓN AL SUR

Desde el siglo XIX en adelante, se han publicado varios estudios abordando la expedición de García Hurtado de Mendoza a Chiloé, motivados por develar a *La Araucana* como fuente para el conocimiento de la hazaña (más de quinientos kilómetros de ida y otros tantos de regreso), pero también, probablemente, por avalar el temprano interés chileno por la Patagonia. Francisco Vidal Gormaz, marino dedicado a la hidrografía de Chile, recorrió a fines de la década de 1860 la región austral según sus propias palabras “con *La Araucana* en la mano” (*Cuadernos Caicaen* 3), y publicó – en 1872 – el escrito “Ercilla y el descubrimiento de Chiloé”. Vidal valora la capacidad descriptiva y geográfica del autor “por rigurosa y exacta” (*Cuadernos Caicaen* 3). Describe el itinerario seguido por la expedición y concluye que Ercilla atravesó el canal de Chacao por la punta de Pugueñun, lo que será confirmado más tarde por otros estudiosos. En 1913, la *Revista Chilena de Historia y Geografía* publicó un número dedicado al tema, con el aporte de varios estudios, entre otros, los de José Toribio Medina, Tomás Thayer Ojeda, Crecente Errázuriz y Alberto Edwards, todas investigaciones que se proponían dilucidar el camino seguido, las fechas entre cada tramo y el punto final de la expedición. Todos utilizan como fuente a *La Araucana*, pero también a los primeros cronistas. Algunos como Alberto Edwards siguen la línea de Vidal Gormaz, como lo evidencia el título de su artículo: “Algunas indicaciones sobre el itinerario de don García Hurtado de Mendoza, en su viaje a los archipiélagos de Ancud, según las descripciones contenidas en *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla”. José Toribio Medina, tal vez uno de los más importantes estudiosos de la vida y obra del vate, publicó “El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes”, y su opinión es categórica: “sumando cronistas y testigos, ninguno es más preciso que Ercilla” (344). Respecto al trayecto de la expedición hay dos desacuerdos entre los artículos de 1913 y otros posteriores:¹³ uno respecto a si la expedición en la zona de los Lagos habría sido por los faldeos occidentales de la cordillera de la costa o por los faldeos orientales de la cordillera de los Andes; el otro sobre el punto de

llegada, algunos afirman que la expedición habría alcanzado solamente hasta la isla Pulaqui, frente a Calbuco, en el golfo de Ancud, otros dicen que habría llegado hasta la punta de Pugueñun, y habría cruzado el canal de Chacao; incluso, hay quien argumenta que llegó hasta la punta de Rolecha, en el estuario de Reloncaví. A pesar de estas discrepancias, todos, sin excepción, recurren a *La Araucana* como fuente fundamental para esclarecer el recorrido. En años recientes Miguel Martínez ha examinado lucidamente la dimensión autobiográfica y protagónica de Ercilla al relatar la expedición al sur.

Nuestro interés, a partir de estos estudios sobre la expedición al sur, es afirmar que lo que permitió llevarlos a cabo fue la experiencia vivida por Ercilla como parte de la misma, la que dio lugar a la descripción del itinerario seguido. En este contexto, las afirmaciones de que Ercilla solo tuvo en mente para la composición de su obra un imaginario literario y no tuvo ojos para el paisaje y la realidad circundante, resultan afirmaciones poco sustentables. Ahora bien, ello no implica desconocer el carácter literario del poema afincado en la tradición, lo que lo inscribe en un género híbrido, que deambula entre la crónica y la épica, entre la verdad de la experiencia, de lo visto y lo vivido y los modos de referencia y tópicos de la tradición clásica. Entre, por una parte, amaneceres mitológicos con la Aurora y Faetón y, por otra, descripciones fácticas del paisaje que no siempre se condicen con los tópicos literarios y paisajísticos de la tradición grecolatina. Es esta confluencia entre tradición literaria y experiencia la que enriquece y le otorga vitalidad al poema. Por otra parte, es esta doble condición de la obra la que explica las lecturas y enfoques históricos y estéticos de que ha sido objeto.

PRISIÓN Y DESTIERRO

La última etapa de lo vivido por Ercilla en el Reino de Chile corresponde a su prisión en marzo de 1558 y a su posterior destierro en diciembre del mismo año. Se trata de un asunto biográfico que el autor consigna y que explica algunas omisiones en la descripción del territorio (como el paso y fundación de Osorno por don García). En el poema, el episodio de la prisión es narrado en un tono que se aproxima más a la elegía que a la épica, al llanto que al canto. La expedición, regresando por el camino del valle central luego de fundar Osorno, arribó a La Imperial a comienzos de abril de 1558. Allí – donde residía la sede de la Iglesia de Arauco –, en el marco de la celebración de unas Justas, Ercilla se vio envuelto en un altercado con Juan de Pineda (a raíz de que supuestamente este lo habría pasado a llevar en el avance de los caballos junto al Gobernador), situación en que habrían sacado la espada, acto que fue sancionado por don García con la pena de muerte para ambos.

Después de algunos días, y gracias a la intervención de una intermediaria, el Gobernador les perdonó la vida dejándolos en prisión, donde Ercilla estuvo confinado por al menos tres meses. Más tarde, debido a este episodio, fue desterrado al Perú, dejando Arauco definitivamente en diciembre del año 1558.

En la conclusión del poema (canto 37), Ercilla expone al monarca los sufrimientos y trabajos llevados a cabo en el “remoto Arauco”:

Dejo, por no cansaros y ser míos,
 los inmensos trabajos padecidos,
 la sed, hambre, calores y los fríos,
 la falta irremediable de vestidos;
 los montes que pasé, los grandes ríos,
 los yermos despoblados no rompidos
 riesgos, peligros, trances y fortunas
 que aún son para contadas importunas. (37.69)

Luego hace mención del percance que lo llevó a prisión:

Ni digo cómo al fin por accidente
 del mozo capitán acelerado,
 fui sacado a la plaza injustamente
 a ser públicamente degollado;
 ni la larga prisión impertinente
 do estuve tan sin culpa molestado
 ni mil otras miserias de otra suerte,
 de comportar más graves que la muerte. (37.70)

Se refiere también al disfavor cobarde que lo tiene en la miseria, y así continua con un tono plañidero y quejumbroso, siempre empero fiel a la Corona, con la esperanza de que Dios y su clemencia perdonen sus errores, finalizando con una estrofa significativa si se considera que el final de una obra constituye un punto de reflexión retrospectivo respecto al sentido de la misma.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
 el tiempo de mi vida más florido,
 y siempre por camino despeñado
 mis vanas esperanzas he seguido,
 visto ya el poco fruto que he sacado
 y lo mucho que a Dios tengo ofendido,

conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que lllore y que no cante. (37.76)

En toda obra literaria, el final es como el momento último de una vida, en que se mira lo vivido y se elabora retrospectivamente un sentido o alguna reflexión sobre el pasado.¹⁴ Un final suele ser, desde este punto de vista, un regreso a un principio. Desde esta perspectiva, la experiencia y el viaje físico y escritural de Ercilla implica también un viaje espiritual, en que se constata un cambio y una transformación que tiene antecedentes a lo largo de la obra. Un soldado poeta que tiene una mirada crítica de la empresa en que ha participado, una mirada que alcanza también a la poca significación que se le atribuye en la obra al Gobernador García Hurtado de Mendoza, “el mozo acelerado”. Una mirada que se manifiesta en un estilo final humilde, desengañado, en una voz amedrentada, en un viaje que lo ha llevado de un ímpetu épico y bélico inicial a la voz de un poeta de tono elegíaco, al menos así se quiere presentar el hablante al final de la obra: soldado que de alguna manera terminó siendo un conquistador conquistado, transformado por su experiencia y el mundo que le correspondió vivir.

Creemos haber demostrado la importancia que tiene la naturaleza y los accidentes geográficos por los que le tocó pasar, la experiencia vivida por Ercilla en el tiempo que estuvo en la zona de Arauco y en el sur de Chile, construyendo una mirada sobre el paisaje que incide en la composición del poema. Experiencia de vida y de viaje que también se manifiesta en una perspectiva lascasiana y en un espíritu de clemencia respecto a los héroes individuales y colectivos, y en la crítica a la codicia que alimenta a la Conquista, todo lo cual de alguna manera viene a complementar la idea de que si bien estamos ante un poema en que inciden los parámetros de la retórica clásica, los mismos se complementan o tienen una base verosímil en la experiencia vital del autor. Estamos conscientes, sin embargo, de que el relato que hemos configurado a través de su estadía y su recorrido está intercalado por episodios como las Batallas de San Quintín y de Lepanto, como las reflexiones sobre la guerra con Portugal, o la historia de la Reina Dido, que son referencias o episodios que pertenecen al mundo europeo y que, por ende, contribuyen a generar zonas de indeterminación semántica que ya hemos abordado (Subercaseaux; Bernardo 16). Indeterminación que, lejos de disminuir al poema, debe valorarse positivamente en la medida que abre posibilidades a distintas lecturas.

Volvemos aquí a las palabras inicialmente citadas de Dominick LaCapra, quien nos indica que es fundamental para una definición aceptable de experiencia “tomar en cuenta el proceso de *pasar por algo*” (68), “proceso que implicaría una respuesta afectiva y no solo cognitiva” (65) donde la

afectividad estaría significativamente relacionada con el intento (cauteloso y en ocasiones fallido) de comprender al otro. Este proceso implica la dimensión inconsciente de la experiencia, la que según LaCapra afecta internamente y hasta divide al sujeto presuntamente unificado. Sujeto que, en este caso, identificamos con Ercilla y con su voz narrativa, una voz hasta cierto punto escindida escrituralmente, en la medida en que deambula entre la épica y la crónica, entre el soldado con ímpetus bélicos y la persona del narrador que vive una experiencia inédita que va modificando su visión de la guerra y de la Conquista. Tal transformación se consolida en las estrofas finales, pero tiene antecedentes en la vivencia del territorio a lo largo de toda la obra.

Universidad de Chile

NOTAS

- 1 Agradezco a Fondecyt por su financiamiento al proyecto N°1170306 sobre *La Araucana*.
- 2 Me refiero, por ejemplo, a: Sarah Dichy Malherne en “El primer canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile”; Emma de Ramón en “Ercilla primer geógrafo de Chile” Inédito; Emma de Ramón en “Ercilla construyendo la geografía de un país” en *Memoria Poética. Reescrituras de La Araucana*, Luz Angela Martínez y Jaime Huenún (compiladores), Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2010.
- 3 Firbas alude a la dimensión moral del viaje al Sur. Ver “A Poetics of *términos*.”
- 4 Los estudios de Jose Toribio Medina que establecen algún puente, pero de modo muy general.
- 5 De acuerdo con información recabada en el Museo Mapuche de Cañete *Ruka Kimun Taiñ volil*, para los mapuches el color azul representa confianza, reserva, armonía, afecto, amistad, fidelidad, amor y serenidad.
- 6 Entre Lumaco y Puren se han encontrado más de doscientos *kuels* o montículos funerarios de tierra de entre ocho y treinta metros. de diámetro y hasta 1,5 mts. de altura, que fueron datados con radio carbono entre los siglos XIII y XV. Véase, además, Tom Dillehay, *Monuments, Empires and Resistance*; José Manuel Zavala Cepeda y Tom D. Dillehay, “Estado de Arauco” frente a la conquista española: Estructuración sociopolítica y ritual de los araucano-mapuches en los valles nahuelbutanos durante los siglos XVI y XVII”.
- 7 Aun cuando el concepto de épica en Benjamin no es exactamente el de la épica culta del Renacimiento sí apunta al ideal épico que el poeta conocía tanto por

las tradiciones orales populares ibéricas como por su familiaridad con la épica clásica. Debo esta observación a Paul Firbas.

- 8 Alonso de Ercilla *La Araucana*, Edición de Isaías Lerner, Cátedra, Madrid, Sexta edición, 2011. Por esta edición citamos.
- 9 Según José M. Zavala y el arqueólogo Tom D. Dillehay, desde los inicios de la conquista española, el Camino Real unía por el valle Concepción – pasando por Cañete – con La Imperial, bordeaba la cordillera de Nahuelbuta y empalmaba con el camino de la Costa, a través del paso de Contulmo, uniendo Concepción, Arauco, Cañete, Purén y La Imperial: “Con toda certeza estas vías de comunicación existían con anterioridad a la llegada de los españoles, pues en ningún caso los documentos señalan trabajos para abrir caminos, y la gran velocidad con la cual se desarrollaron las exploraciones y conquistas españolas solo puede explicarse por la preexistencia de un sistema de rutas bien mantenidas” (443).
- 10 José Toribio Medina – basándose en cronistas – sostiene que Ercilla no habría ido a Villarrica, sino que se habría devuelto a Cañete desde La Imperial, y luego habría retornado hasta alcanzar al contingente que encabezaba el gobernador (383). En efecto, en el Canto 24 Ercilla habla de “alcanzar, si pudiese a Don García”.
- 11 Según el *Diccionario de la RAE* “regoldar” o “regurgitar” significa “eructar o expedir por la boca gases, sustancias sólidas o líquidas contenidas en el esófago”.
- 12 Miguel Martínez analiza y destaca el rol de este episodio en que el poeta *persona* se desliga de la lógica imperial. Resalta también la dimensión autobiográfica y protagónica de Ercilla al relatar la expedición a Ancud. Ver “Writing on the Edge”.
- 13 Diego Barros Arana, en *Historia General de Chile* (Tomo II, 1884-1992) tiende a coincidir con Vidal Gormaz. Agustín Edwards, en “Viajes de Ercilla” (*Anales U. de Chile*, 1933), adhiere a la tesis de que punto final de la hazaña fue el canal de Chacao. Ángel González Mendoza, en “El problema geográfico de *La Araucana* y la expedición de Don García Hurtado de Mendoza” (*Boletín Academia Chilena de la Historia*, 37, 1947), coincide a grandes rasgos con el itinerario (Cañete, La Imperial, Villarrica, Mariquina, Valdivia, estribaciones de Los Andes y seno de Reloncaví), pero señala imprecisión de fechas y recorrido en los estudios de 1913. Carlos Keller, en “El tercer mundo. Comentarios sobre dos octavas reales de Don Alonso de Ercilla” (*Boletín Academia Chilena de la Historia*, Santiago, 1961), señala como término de la expedición la Punta Rolecha en el estuario de Reloncaví.
- 14 Firbas establece una relación entre la geografía física y moral y señala que para Ercilla protagonista y autor “la expedición a Ancud es entre otros

aspectos un viaje de experimentación poética y un examen de los límites de su obra” (traducción nuestra).

OBRAS CITADAS

- BENJAMIN, WALTER. *El narrador*. Traducción Pablo Oyarzun. Santiago: Metales Pesados, 2016.
- CONCHA, JAIME. “Observaciones acerca de *La Araucana*.” *Estudios Filológicos* 1 (1965): 63-79.
- DICHY-MALHERME, SARAH. “El primer canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile.” *Criticón* 115 (2012): 85-104.
- ERCILLA, ALONSO DE. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. 6ª. Ed. Madrid: Cátedra, 2011.
- FIRBAS, PAUL. “A Poetics of *términos*: Lexis and Moral Geography in Ercilla’s Expedition to the Extreme South in *La Araucana*.” *The Rise of Spanish American Poetry 1500 - 1700 Literary and Cultural Transmission in the New World*. Ed. Rodrigo Cacho Casal and Imogen Choi. Oxford: Legenda, 2019. 189-204.
- GOIC, CEDOMIL. “Poetización del espacio, espacios de la poesía.” *Letras del Reino de Chile*. Madrid: Iberoamericana, 2006. 121-35.
- HERMOSILLA, CLÍMACO. *El Fuerte Tucapel, Cañete. Antecedentes históricos y geográficos*. Concepción: Cosmigonon, 2010.
- . “Guerra de Arauco: trazando la cartografía de la Conquista.” *El Mercurio* 17 enero, 2010.
- HUIDOBRO, MARÍA GABRIELA. *El imaginario de la guerra de Arauco: mundo épico y tradición clásica*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- . “El territorio de Chile en la poesía épica del siglo XVI: Un imaginario sobre los desafíos de la conquista de Arauco.” *Alpha. Revista de artes, letras y filosofía* 47 (2018): 31-46.
- INVERNIZZI, LUCÍA. “La representación de la tierra de Chile en cinco textos de los siglos XVI y XVII.” *Revista Chilena de Literatura* 23 (1984): 5-37.
- LACAPRA, DOMINICK. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- MARTÍNEZ, MIGUEL. “Writing on the Edge: The Poet, the Printer and the Colonial Frontier in Ercilla’s *La Araucana* (1569-1590).” *Colonial Latin American Review* 26.2 (2017): 132-53.
- MASSMANN, STEFANIE. “Recorrer, deslindar, distribuir: representaciones del espacio en *La Araucana* y en *El Cautiverio Feliz*.” *Taller de Letras* (número especial) 1 (2012): 215-28.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO. “El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes.” *Revista Chilena de Historia y Geografía* 6 (1913): 343-95.
- . *Vida de Ercilla*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.

- MISTRAL, GABRIELA. "Contadores de patria" (1941). *Chile o una loca geografía*. Ed. Benjamín Subercaseaux. Santiago: Ercilla, 1966. 13-20.
- MORINIGO, MARCOS. "Introducción." *La Araucana*. Por Alonso de Ercilla. Barcelona: Clásicos Castalia, 1979.
- MORLA VICUÑA, CARLOS. *Estudio Histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y Tierra del Fuego*. Leipzig: Brockhaus, 1903.
- PERELMUTER-PÉREZ, ROSA. "El desierto en *La Araucana*." *Calíope: Journal of the Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry* 4.1-2 (1998): 248-57.
- . "El paisaje idealizado en *La Araucana*." *Hispanic Review* 54 (1986): 129-46.
- RAMÓN, EMMA DE. "Ercilla construyendo la geografía de un país." *Memoria Poética. Reescrituras de La Araucana*. Eds. Luz Ángela Martínez y Jaime Huenún. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2010.
- SOLAR CORREA, EDUARDO. "El poema de Ercilla." *Atenea* 7 Septiembre (1928): 173-84.
- SUBERCASEAUX, BENJAMÍN. *Chile o una loca geografía*. Santiago: Ercilla, 1966.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO. "*La Araucana*: recepción y virtualidad semántica." *Hispanamérica* 140 (2018): 13-24.
- Uke Mapu Centro de Documentación Mapuche, Universidad de La Frontera, 17-01-2010 "Guerra de Arauco: trazando la cartografía de la Conquista." 1-3.
- VIDAL GORMAZ, FRANCISCO. "Ercilla y el descubrimiento de Chiloé." *Revista de Santiago* 1 (1872). *Cuadernos Caicaen, Historia y Folklore desde las Islas Chiloé* (12 de enero 2008): 3-6.
- ZAVALA, JOSÉ MANUEL, Y TOM D. DILLEHAY. "El Estado de Arauco frente a la conquista española: estructuración sociopolítica y ritual de los araucano-mapuches en los valles nahuelbutanos durante los siglos XVI y XVII." *Chungará* 42.2 (2010): 433-50.

ANEXOS

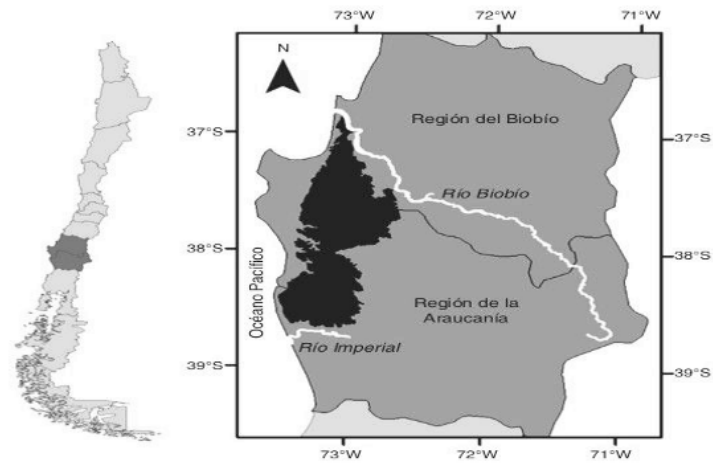


Figura 1.

Cordillera de Nahuelbuta.

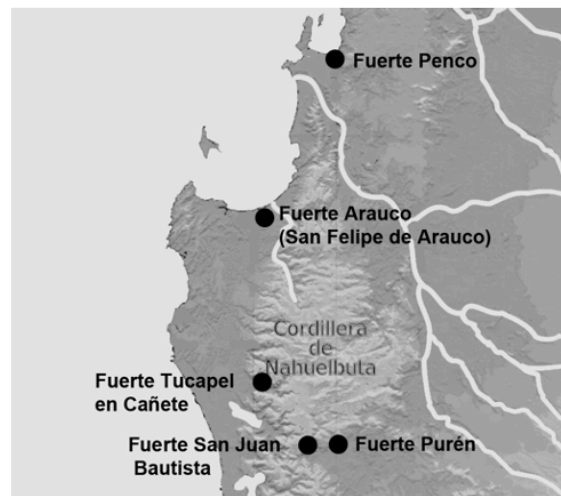
Fuente: S. Otavo, C. Echeverría. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 88 (2017)

Figura 2.

Zona de Nahuelbuta y fuertes (enclaves coloniales).

Fuente: elaboración propia.



Figura 3.
Recorrido de la expedición desde La Imperial a Chiloé.
Fuente: elaboración propia



Figura 4.
Vista desde lo alto de Isla Maillen, frente a Melipillu: Seno Reloncaví, golfo de Ancud y Volcán Calbuco febrero 1558 (archivo personal, foto 2019).